

sar, al entusiasmo patriótico de sus conciudadanos, se decidió á ponerse al frente de ellos, decidido á compensar con la prudencia de sus medidas, la temeridad de las resoluciones impremeditadas. La primera de las que adoptó fué dar orden al general Taranco, quien como ya hemos dicho se hallaba á la sazón en Portugal, para que se restituyese á la Coruña con sus tropas; diseminó en seguida á los paisanos entre los cuerpos de línea para engrasar su fuerza, y empleando además el considerable material de guerra que tenía á su disposición en armar á los nuevos alistados, se apresuró de esta manera á organizar una fuerza militar que sirviese para algo.

Entre tanto, y á fin de interceptar la marcha de las tropas enemigas que podían venir de las llanuras de Leon y de Castilla la Vieja, se dirigió con sus fuerzas mas disciplinadas á las gargantas de las montañas de Galicia, y las repartió entre Villafranca y Manzanal. Desgraciadamente, y como por vía de recompensa del celo que había empleado en escoger por sí mismo los puestos mas ventajosos para las tropas, algunos frenéticos que no podían perdonarle su moderantismo, ni mucho menos una prudencia que armonizaba tan mal con sus desordenadas pasiones, lo asesinaron de la manera mas atroz en las calles de Villafranca. En este pueblo había un destacamento del regimiento de Navarra, al cual, suponiéndote irritado todavía á consecuencia de su destierro al Ferrol, se le atribuyó este crimen, que vino á ser el prelude de la matanza de la mayor parte de los capitanes generales.

La conmocion de Galicia se estendió instantá-

neamente al reino de Leon, donde se reprodujo el alzamiento de la misma manera, y con las mismas formas que en la Coruña, así que llegaron á aquella ciudad ochocientos hombres de tropa, enviados por esta al efecto. Creóse una junta; declaróse la guerra; decretóse la sublevacion en masa, y repartiéronse entre los alistados las armas reservadas á este fin de los arsenales del Ferrol, Oviedo y la Coruña. El terreno de la provincia de Leon es bastante llano, y los escuadrones del mariscal Bessieres no se hallaban á una distancia muy remota; verdad es que Valladolid distaba de ellos menos todavía; pero al imprudente entusiasmo de los españoles bastábale el no tener los escuadrones enemigos á la vista para emprender los pronunciamientos populares; el que las tropas estuviesen cerca, no era para ellos un obstáculo. El capitán general de Valladolid era á la sazón don Gregorio de la Cuesta, antiguo militar; inflexible observador de la disciplina, de carácter severo, hombre á quien habían llegado al alma, como á todos los españoles, los acontecimientos de Bayona, pero el cual opinaba al mismo tiempo, que no era posible resistir al poder de la Francia, y aun se inclinaba á creer que era preciso recibir de sus manos la regeneracion política, resignándose á desentenderse de la honda herida abierta al orgullo nacional, en gracia de los beneficios que debían resultar necesariamente de la reforma general de los abusos. El corazón de aquel jefe hallábase poseido además de una aversion profunda á la multitud, cuya intervencion en los asuntos del estado no le era dable soportar. El populacho de Valladolid, á quien los acontecimientos de Oviedo, Leon y la Coruña habían con-

movido extraordinariamente, y el cual ardía en deseos de mostrarse tan sensible como las otras poblaciones del Norte á la noticia de las abdicaciones de Bayona, se reunió en masa, corrió amotinado á situarse bajo los balcones del capitán general, y le obligó á que se presentara. Asomóse á uno de ellos el pundonoroso veterano, y mostrando á la multitud su severo semblante, procuró oponer algunas razones sensatas contra un alzamiento que hacia peligroso la proximidad de las tropas francesas: sus palabras, empero, fueron acogidas con estrepitosos silbidos por la multitud, la cual erigió una horca delante de la casa del capitán general, quien, ante semejante espectáculo, no resistió mas á los deseos del pueblo, y se adhirió á una insurrección que á su juicio era una locura. Valladolid, pues, lo mismo que las otras ciudades pronunciadas, tuvo su junta rebelde; su alistamiento general, y su declaración de guerra.

Segovia, ciudad situada á algunas leguas sobre el camino de Madrid, se sublevó tambien, á pesar de hallarse tan próxima la tercera division del general Dupont al mando del general Frére, el cual estaba acampado en el real sitio del Escorial. En el alcázar que domina á Segovia, hallaba-se establecido á la sazón el colegio militar de artillería, cuyos alumnos y profesores se pronunciaron tambien, y reunidos al pueblo, hicieron barricadas en la ciudad. Igual ejemplo siguió Ciudad-Rodrigo, cuyos habitantes dieron muerte al gobernador, porque no se habia apresurado á pronunciarse. La noticia de todas estas sublevaciones conmovió, como no podia menos, á la capital de la monarquía, la cual se contuvo, sin embargo, porque el cuerpo de

ejército del mariscal Monecy, la guardia imperial, la caballería entera de las legiones, y la presencia en fin, de la division al mando del general Dupont en Aranjuez, el Escorial y Toledo, le impidieron hacer demostracion alguna. La poblacion de Madrid, por otra parte, creia haber pagado ya suficientemente en el 2 de mayo su deuda de patriotismo, y aguardaba á que las provincias del reino acudiesen á libertarla de sus cadenas. Toledo, que habia intentado sublevarse tambien algunas semanas antes, y cuya insurrección fué reprimida á tiempo, esperaba asimismo que acudieran á librarla de sus opresores, presenciando con una satisfacción mal disimulada, las universales demostraciones de la indignacion nacional. La Mancha participaba de este mismo sentimiento, y lo probaba dando asilo á los desertores, los cuales encontraban en todas partes alojamiento, víveres, y auxilios de toda especie para encaminarse á las provincias mas lejanas, que eran el punto de reunion de las tropas españolas.

La rica y fértil Andalucía, contando con sus propias fuerzas y con la distancia que la separaba de los Pirineos, y aspirando á ser el nuevo centro de la monarquía desde que Madrid se hallaba ocupado por las tropas invasoras, fué una de las primeras que se resintieron del golpe asestado contra la dignidad nacional. Esta provincia no aguardó como las otras para sublevarse el día de San Fernando: bastóle la noticia de las abdicaciones, y estalló el 26 de mayo por la tarde. En Sevilla hacia ya algun tiempo que se conspiraba con este fin. Un noble español oriundo de Estremadura, el conde de Tilly, hermano del que tanto figuró en la re-

volucion francesa, personage inquieto, emprendedor, de bastante mala nota, y aficionado á las novedades fuesen del género que fuesen, obraba secretamente de concierto con hombres de todas condiciones para preparar una sublevacion contra los franceses. Otro personage mas singular aun, y que tampoco era hijo de Sevilla, si bien se hallaba constantemente en esta ciudad desde los últimos acontecimientos, un tal Tap y Nuñez, que vivia del contrabando de Gibraltar, que era un buen español sin embargo, y que poseía en grado superior el talento de captarse la voluntad de la multitud, habia adquirido tambien sobre el pueblo bajo de la ciudad mencionada un gran ascendiente. En el instante mismo que se supo la noticia de las abdicaciones, pusieronse de acuerdo ambos conjurados, y escogiendo por unanimidad el 26 de mayo, dia de la Ascension, para la sublevacion de la provincia, reunieron en la tarde del mismo una inmensa turba compuesta de gentes del pueblo y de soldados del regimiento de Olivenza, y poniéndose á su frente, marcharon hacia la maestranza de artillería, invadieron el establecimiento y se apoderaron de las armas que en él habia almacenadas. El pueblo de Sevilla se armó con una rapidéz asombrosa, y empezó á discurrir frenético por las calles. La municipalidad creyó conveniente abandonar la casa de ayuntamiento y establecerse en el hospital militar, para deliberar con mas calma é independencia. Los sublevados se apoderaron de la casa de la ciudad, é instituyeron en ella una junta rebelde, semejante á las que en casos análogos se instituian en toda España. El cabecilla Nuñez, por inspiracion de las personas que con él conspira-

ban, fué quien designó los individuos que habian de componerla, escogiendo á este fin hombres turbulentos, de esos que son populares en tiempo de conmociones, y algunos reflexivos y prudentes, cuya gravedad sirviese de contrapeso á la inconsistencia de los otros. Aquella junta, participando de la proverbial jactancia de los hijos del país, no vaciló en proclamarse con el pomposo dictado de *Junta suprema de España é Indias*, ni se tomó el trabajo de encubrir su ambicion de gobernar la España, mientras que las dos Castillas estuviesen ocupadas por las tropas francesas. Todo esto se llevó á cabo con un entusiasmo que fuera imposible de describir. Pero como era de esperar, la exaltacion del pueblo degeneró al dia siguiente en sanguinaria. Hizosele sospechosa la municipalidad, sin otro motivo que el de ser una autoridad antigua, y por la sencillísima razon de que era la demagogia encubierta bajo el mando del realismo, la que triunfaba en aquella época, y acusóla de tibieza patriótica y hasta de estar en secreta connivencia con el gobierno de Madrid. El conde del Aguila, presidente de aquella corporacion, y uno de los caballeros mas principales de la provincia, se presentó á la junta en nombre de la municipalidad, ofreciéndose á obrar de comun acuerdo. Al verlo la multitud, empezó á pedir á gritos su cabeza, y la junta, que estaba muy lejos de participar de los feroces instintos del populacho, intentó salvarle fingiendo que lo llevaba prisionero á uno de los fuertes de la ciudad. Desgraciadamente se vio defraudada en tan buen intento, porque apoderándose los insurgentes del conde del Aguila en su tránsito á la prision, condujéronlo violentamente

al patio de ella, donde, amarrado á una balaustrada, fué asesinado á tiros por la turba, que llevó su ferocidad hasta el estremo de arrastrar el cadáver por las calles. En medio de la exaltacion popular, y no obstante el terror que comenzaba á apoderarse de las clases elevadas, acordáronse, sin embargo en Sevilla algunas disposiciones que las circunstancias exigian imperiosamente. Decretóse la declaracion de guerra á la Francia, el alistamiento de todos los hombres de 15 á 45 años, y el envio de comisionados á todas las ciudades de Andalucía para sublevarlas y atraerlas á la devocion de la *Junta suprema*. Los principales puntos que se escogieron á este propósito, fueron Badajoz, Córdoba, Jaen, Granada, Cádiz y el Campo de San Roque. Al declarar la guerra á la Francia, contrájose tambien el formal empeño de no deponer las armas hasta tanto que Napoleon hubiese repuesto en su trono á Fernando VII, y se hizo la promesa de convocar, asi que la guerra quedase terminada, las córtes del reino, con el fin de poner en práctica ciertas reformas, cuya utilidad y conveniencia se preciaban de conocer sin necesidad de que los estrangeros fuesen á iniciarles en los derechos de los pueblos. Porque es de advertir que los nuevos insurgentes comprendian la necesidad de oponer, cuando menos, algunas promesas á la Constitucion de Bayona.

El punto hácia el cual se dirigian mas especialmente las miras de los insurgentes sevillanos, era la ciudad de Cádiz, donde residia el capitan general Solano, marqués del Socorro, quien al mando de la provincia reunia el de todas las fuerzas residentes en el Mediodía de España. La junta

de Sevilla, por lo tanto, estimó oportuno mandar un comisionado á aquella ciudad, para decidir al marqués á tomar parte en la insurreccion, y otro con el mismo objeto al general Castaños, comandante general del Campo de San Roque. El conde de Teba, que era el delegado por la junta de Sevilla para representarla en Cádiz cerca del capitan general, se presentó á éste con todo el orgullo propio de los sublevados, dando con ello una prueba de su poca cordura, mediante á que el marqués del Socorro tenia un carácter tan vehemente como altivo, y se hallaba muy bienquisto del ejército y apreciado por la ciudad. El marqués del Socorro, por otra parte, asi como todos los generales españoles de alguna instruccion, se hallaba perfectamente convencido del poder de la Francia, y consideraba por ende una imprudencia la insurreccion en que tan ciegamente querian lanzarse sus compatriotas. Asi lo habia dicho á su regreso de Portugal lo mismo en Sevilla que en Badajoz, con un lenguaje tan enérgico y tan esplicito, que ofuscó extraordinariamente á los conspiradores. Acordábanse estos muy bien de sus palabras, y esta era la razon porque desconfiaban de sus intenciones. Inmediatamente que el general Solano tuvo noticia de la mision que traia á Cádiz el conde de Teba, convocó en su casa una junta de generales para oír las proposiciones de Sevilla. Todos los individuos del consejo se adhirieron á la opinion del marqués, conviniendo en que cuantas razones militares y politicas se hallaban al alcance del entendimiento humano militaban en contra de una insurreccion armada contra la Francia; asi lo declararon en un manifiesto, en el que, despues de

aducir razones para probar la inconveniencia de semejante lucha, concluian por ordenar un alistamiento voluntario, sugerido únicamente por su deseo de mostrarse deferentes al voto popular, aun cuando lo consideraban desatinado á todas luces. La lectura de este documento, que se mandó fijar en los parages públicos, y en el cual se veia una concesion al lado de una severa censura, produjo tan viva conmocion en los habitantes de Cádiz, que, reuniéndose en tumulto, se dirigieron con ademán hostil hacia la casa del capitán general. Un jóven de entre la multitud, que se constituyó en intérprete de ella, discutió con el general Solano, consiguió perturbar la imaginacion de aquel valiente guerrero mas habituado al mando que á discutir con semejantes interlocutores, y le arrancó la promesa de que al dia siguiente se verian cumplidos los deseos populares. No contenta con esto la multitud, quiso terminar la jornada entregándose al pillage, y al efecto se dirigió amotinada al alojamiento del cónsul Leroy, cuya casa saqueó completamente, obligando á aquel representante de la Francia, tan venerado y temido pocos dias antes, á refugiarse al bordo de la escuadra del almirante Rosily, estacionado tres años hacia en las aguas de Cádiz sin haber podido obtener relevo.

A la mañana siguiente ya habia concebido un nuevo deseo el populacho. Empeñóse en comenzar sin demora la guerra contra la Francia, y lo puso por obra acribillando con todos los fuegos de la rada la escuadra del almirante Rosilly. Las turbas se regocijaban en extremo con la idea de un triunfo tan fácil como insensato, puesto que ha-

bían de obtenerlo contra una marina aliada y en provecho de la marina inglesa. Este triunfo, no obstante, era mas difícil de lo que á primera vista parecia, en atencion á que los navíos cuya destruccion se intentaba, se hallaban tripulados y mandados por bizarros marinos, que se portaron como héroes en la jornada terrible de Trafalgar, desafiando á la muerte inmóviles en su puesto, mientras que la mayor parte de los marinos españoles encomendaban su salvacion á la fuga (1). Los buques, por otra parte, que componian la escuadra del almirante Rosily estaban mezclados y confundidos con la escuadra española surta en aquel apostadero, y de consiguiente no era posible destruir la primera sin que padeciese tambien la segunda. Asi lo decian todas las personas sensatas pertenecientes á la marina y al ejército, añadiendo, que hallándose como se hallaba en el Norte la expedicion del marqués de la Romana era

(1) Nunca hubiéramos creído, á no verlo comprobado terminantemente asi en este tomo como en el anterior, que el autor distinguido de la *Historia del Consulado*, incurriendo en el defecto de parcialidad del cual debieran estar exentos los historiadores que rayan á su altura, llevase su pasion hasta el extremo de pretender imprimir el baldon de cobardía en los héroes españoles que sucumbieron en el combate de Trafalgar, pagando con su vida la falta de pericia del general francés que mandó las marinas aliadas en aquel desgraciado encuentro. ¡Decir que los españoles encomendaron su salvacion á la fuga en el combate de Trafalgar!... ¡Atreverse á lanzar sobre ellos tan bochornosa nota, cuando en aquella memorable batalla hubo navío español cuya tripulacion entera sucumbió á los golpes enemigos, y halló honrosa tumba en el seno de las aguas!.... Querer

de presumir que la harian espiar cruelmente cuantos desmanes se cometiesen en el puerto de Cádiz con la escuadra francesa. El lenguaje de la razon y de la humanidad, sin embargo, no era el que se escuchaba con mas atencion en aquellos momentos.

La reunion de generales, convocada de nuevo al siguiente dia por el marqués del Socorro, se adhirió al voto popular, y algunos de los individuos que la componian, hicieron recaer cobardemente la culpa de los sucesos del dia anterior y la débil resistencia que se habia opuesto á las masas, sobre el noble marqués. Restaba empero por resolver la cuestion grave é importantísima, referente al ataque inmediato contra la flota francesa. Esta cuestion concernia mas principalmente á los oficiales de marina que á los del ejército, y aquellos declararon que era espuesto el cañonear la escuadra del almirante Rosily, por quanto se arriesgaba tambien el destruir los navios españoles. La

amenguar su bizzarria y despojarlos de sus glorias para revestir con ellas á los que fueron quizás la causa única de aquella derrota, en la que, salva la prez del combate, libraron peor vencedores que vencidos! ¿Ha olvidado Mr. Thiers, por ventura, el consejo de guerra formado contra *Villeneuve* á consecuencia del combate de Trafalgar? ¿Le parece acaso sospechosa la narracion que de los hechos acaecidos en aquella memorable batalla hacen su compatriota *Dumanoir* y otros marinos franceses que se encontraron en ella, los cuales rinden en sus escritos á la marina española el tributo de entusiasmo y admiracion debido á los héroes? La posteridad no podrá menos de juzgar severamente al autor de la *Historia del Consulado* por una pobreza de espíritu indigna de tan esclarecido talento!

(Nota del Trad.)

notificacion de este parecer de personas competentes, comunicada al pueblo en la plaza pública, volvió á agrupar á las turbas en derredor de la casa del marqués del Socorro, á quien se echaba en cara esta nueva resistencia al voto popular, y al cual mandaron aquellos tres diputados para que le pidiesen esplicaciones. Habiéndose asomado uno de ellos á un balcon de la capitania general para dar cuenta á las masas del éxito de su mision, y no logrando que su voz fuese oida en medio del tumulto, la turba creyó ó fingió creer que se rehusaba el darle satisfacciones, é invadió el palacio. El marqués del Socorro fué á refugiarse contra el peligro que le amenazaba á casa de un irlandés amigo suyo, establecido en Cádiz, el cual residia muy cerca de la capitania general. Desgraciadamente fué descubierto por un fraile que habia ido siguiéndole los pasos, y denunciado por él á la multitud, la cual fué á buscarle á la casa que le servia de asilo, y arrancándolo de los brazos de la valerosa muger del irlandés, que hizo los mayores esfuerzos por protegerle contra los asesinos, lo condujo por las calles escarneciéndole, acribillándole de heridas, y haciéndolo sucumbir por último con un golpe mortal, que el marqués recibió con la dignidad y sangre fria de un esforzado guerrero. De esta manera, y empezando por degollar á sus generales mas ilustres, fué como el pueblo español preparaba su resistencia á los franceses.

Tomás de Morla, adulador hipócrita de la multitud, y hombre que, bajo una capa de elevado orgullo, ocultaba la mas cobarde sumision á todos los poderes, fué nombrado por aclamacion capitán

general de Andalucía en reemplazo del marqués del Socorro. Una de sus primeras determinaciones fué el mandar parlamentarios al almirante Rosily, intimándole la rendición de la escuadra, á cuyo mensaje contestó el bizarro marino francés, declarando que no haría tal hasta despues de apurar en defensa del honor de su pabellon cuantos medios estuviesen á su alcance. Tomás de Morla procuró ganar tiempo, y sin atreverse á atacar á los franceses ni á resistir abiertamente á los deseos del pueblo, se limitó á ordenar que los navios españoles fuesen á situarse en una posicion menos peligrosa que la que á la sazón ocupaban. Cádiz tuvo tambien su junta rebelde, la cual acepto la supremacia de la de Sevilla, y se puso en comunicacion con los ingleses. El gobernador de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, comandante de las fuerzas británicas existentes en aquel punto, habia enviado á esta sazón emisarios á Cádiz con objeto de negociar una tregua, ofrecerle la amistad de la Gran Bretaña, socorros de mar y tierra, y una division de cinco mil hombres que debia llegar en breve de Sicilia. Los españoles aceptaron la tregua, y acogieron favorablemente los ofrecimientos de una alianza; pero respecto á la introduccion en sus puertos de una escuadra inglesa, no pudieron menos de mostrarse indecisos y de pararse á reflexionar sobre la adopcion de tan grave medida. El recuerdo de Tolon era mas que suficiente para abrir los ojos sobre el particular á los mas ciegos.

Así las cosas en Cádiz, y mientras habian ocurrido en esta ciudad los acontecimientos que acabamos de referir, el comisionado que mandara la junta de Sevilla al Campo de San Roque para con-

ferenciar con el general Castaños, fué muy bien recibido por este militar ilustre, al cual le reservaba la fortuna un papel mucho mas brillante de lo que él se prometía, y aun quizás de lo que deseaba. El general Castaños, como todos, ó la mayor parte de los militares españoles de aquella época, no habia aprendido del arte de la guerra mas que lo poco que se sabia en el antiguo régimen, y con especialidad en el país mas atrasado de Europa. Pero si su pericia militar no escedia mucho á la de sus conciudadanos, era en cambio político diestro, de un talento claro y penetrante, y estaba muy lejos de participar de las pasiones salvages del pueblo español. En un principio juzgó á la insurreccion tan severamente como la habian juzgado otros comandantes militares, se esplicó francamente sobre este punto con el coronel Rogniat, enviado á Gibraltar con el objeto de inspeccionar la costa, y afectó aceptar la regeneracion de la España por mano de un príncipe de la casa Bonaparte de tan buen grado, que la administracion francesa que gobernaba interinamente en Madrid hasta la llegada del rey José, creyó poder contar con él en un todo. Pero cuando Castaños vio que la insurreccion llegó á hacerse tan general, tan violenta y tan imperiosa, y que el ejército se hallaba dispuesto á asociarse á ella, ya no vacilo mas, y se sometió á la junta de Sevilla, reprobando en el fondo de su corazon, pero muy en secreto, la misma conducta que con calor y entusiasmo aparentaba seguir en público. Tenia bajo su mando de ocho á nueve mil hombres, que unidos á la fuerza que guarnecia á Cádiz, y sin contar los cuerpos esparcidos por la provincia, componian un total disponible

de quince á diez y ocho mil hombres de tropas organizadas, idóneas para servir de apoyo al alzamiento popular, y de núcleo para un numeroso ejército de insurgentes. Al conferir á Tomás Morla el título de capitán general de Andalucía, habíase reservado para Castaños el mando superior de las tropas, que éste aceptó sin vacilar, recibiendo poco despues orden para concentrarlas entre Sevilla y Gádiz.

El ejemplo dado por la primera de estas dos ciudades, fué seguido inmediatamente por todas las demas de Andalucía. Jaen y Córdoba se insurreccionaron tambien, y se emanciparon de la junta de Sevilla. Córdoba, situada cerca del nacimiento del Guadalquivir, confió el mando de sus insurgentes á un oficial, llamado Agustín Echevarri, que al frente de una partida estaba á la sazón persiguiendo á los bandidos y contrabandistas de Sierra-Morena, y el cual se hallaba muy familiarizado con la vida de guerrillero, por haberla ejercido por espacio de muchos años en las famosas montañas cuya vigilancia y custodia le estaba encomendada. Este oficial logró atraer á sus filas y hacer soldados suyos á los mismos hombres que estaba encargado de perseguir pocos dias antes, y agregándoles los paisanos de la alta Andalucía, se dirigió con toda su gente á los desfiladeros de Sierra-Morena á fin de interceptar el paso á los franceses.

La conmocion general llegó tambien, como no podia menos, á Estremadura, provincia en la que, por ser de las menos civilizadas, y por componerse en gran parte de pastores y de gentes poco dadas al comercio, habia penetrado apenas el espíritu de

innovacion, y el ódio al estrangero conservaba toda su energia. Aunque vivamente agitada está provincia á consecuencia de las abdicaciones de Bayona y de la noticia del alzamiento de Sevilla, no se pronunció hasta el 30 de mayo, dia de San Fernando. El pueblo de Badajoz se irritó igualmente que el de la Coruña, por no ver enarbolada sobre las murallas de aquella plaza la bandera con la efigie del Santo, y por no oír el estampido del cañon, que resonaba todos los años el dia de esta solemnidad. El pueblo se dirigió á las baterías, y encontró á los artilleros en sus puestos, sin atreverse á aplicar la mecha. Una muger osada los abrumó á reconvencciones, y arrancando el bota-fuego de mano de uno de los soldados, disparó el primer tiro, á cuya señal conmovióse la ciudad entera, reunióse el pueblo en masa y se pronunció, dirigiéndose amotinado, segun costumbre, á casa del gobernador, el conde de la Torre del Fresno, á fin de ponerle en la alternativa de adherirse á la insurreccion ó resignarse á sufrir la muerte. El gobernador de Badajoz era un militar de corte, de carácter sumamente dulce, sospechoso como amigo del príncipe de la Paz, y reputado por sus compatriotas como poco adicto al pensamiento temerario de una sublevacion general contra los franceses. Los insurgentes comenzaron por parlamentar con él, y la ambigüedad de sus respuestas los dejó muy poco satisfechos. La llegada de un correo, portador de algunos despachos para el capitán general, que se presentó precisamente en el momento de la insurreccion, acabó de confirmar sus sospechas. Suponíase que los despachos referidos eran comunicaciones procedentes de Madrid, esto es, de la auto-

ridad francesa, la cual, á juicio de los insurgentes, tenia mas imperio sobre el capitan general que las inspiraciones del patriotismo español. Bajo la influencia de esta suposicion, invadió la multitud la casa del conde de Torre de Fresno, el cual se vió obligado á huir. Perseguido, empero, por la turba, y alcanzado en un cuerpo de guardia, adonde habia ido á buscar asilo, le dieron muerte en brazos de sus mismos soldados; hecho lo cual, se constituyó una junta que aceptó sin vacilar la supremacia de la de Sevilla, se invitó al pueblo á tomar las armas, se le distribuyeron cuantas habia en los almacenes de Badajoz, y como esta ciudad, situada en las fronteras de Portugal, dista tan poco de Elvas, donde se hallaba á la sazón la division Kellermann, perteneciente al cuerpo de ejército del general Junot, se acordó escitar el patriotismo de sus habitantes, á fin de que trabajaran noche y dia en la reparacion de las murallas, al mismo tiempo que dirigir proclamas á las tropas españolas existentes en el lusitano reino, estimulándolas a la desercion con el ofrecimiento de un asilo seguro en la ciudad, y el de emplear su abnegacion cívica de una manera útil.

Granada, ciudad situada en uno de los estremos de las provincias meridionales, se sublevó igualmente, si bien necesitó para ello, como todas las que tardaron á insurreccionarse, ademas de la emocion de las abdicaciones, la que produjo en otras la festividad de San Fernando. Hallábase agitada y conmovida como toda España, y el 29 de mayo se presentó con estrépito en las calles de la ciudad y en medio de un pueblo predispuerto á la turbulencia, un oficial procedente de Sevilla,

que se llevó tras sí la multitud hasta la casa del capitan general, Escalante, hombre prudente y tímido, á quien pusieron en grande aprieto las proposiciones que aquel le comunicó de parte de la junta. El tenor de estas proposiciones se reducía á estimularle al pronunciamiento y á la declaracion de la guerra á la Francia, sobre lo cual aplazó Escalante la respuesta para el siguiente dia. Era como ya hemos dicho, la festividad de San Fernando: el pueblo se reunió en tumulto, y empezó pidiendo una procesion en honra y gloria del santo rey: de esta exigencia pasó á otra relativa al rey prisionero, á quien proclamó bajo el título de Fernando VII, terminando por obligar al general Escalante á establecer una junta rebelde, cuya presidencia le fue conferida. A todo esto siguió el decreto del alzamiento general, y la declaracion de guerra. Un joven catedrático de la universidad, despues embajador y ministro, el señor Martinez de la Rosa, fué enviado á Gibraltar á pedir armas y municiones, que le fueron otorgadas de la mejor voluntad del mundo. Con ellas se armó á un considerable número de paisanos, que fueron regimentados en debida forma, y los cuales se reunian diariamente para hacer el ejercicio. Como hemos manifestado ya, habia tres excelentes regimientos de suizos, que Napoleon queria concentrar en Granada para apostarlos en la carretera de Andalucía, á fin de que el general Dupont, que habia incorporado ya á las tropas de su mando los otros dos que se hallaban en Madrid, pudiese recogerlos á su tránsito. Uno de estos regimientos estaba á la sazón en Malaga, el otro en Cartagena, y otro en Zaragoza. Napoleon creia,

que colocando los cinco al lado de los franceses, conseguiria atraerlos á su devocion. El alzamiento de Granada, sin embargo, destruyó sus miras, y el regimiento que se hallaba en Málaga emprendió la marcha para la primera de estas dos ciudades. El gobernador de la segunda, Teodoro Reding, suizo de nacimiento, fué nombrado comandante general de las tropas de la provincia.

En ella, como en todas las demas, corrió la sangre de una manera horrible. En Málaga fueron asesinados el cónsul francés y otro personaje español. Pedro Trujillo, antiguo gobernador de aquella ciudad, á quien hacian sospechoso para con el populacho los vínculos de amistad y parentesco que le unian á las señoritas Tudo, fué arrestado en Granada y conducido á la Alhambra para satisfacer los deseos de la multitud. Queriendo salvarlo la junta, decidió trasladarlo á un parage mas seguro, y en el tránsito de una á otra prision fué arrebatado por los revoltosos, que lo asesinaron cobardemente, y llevaron su ferocidad hasta el estremo de arrastrar el cadáver por las calles. Por sospechosos tambien, y por satisfacer las exigencias populares, fueron arrestados igualmente, y conducidos á una cartuja, donde se creia que estarian con mas seguridad, el corregidor de Velez-Málaga, y un tal Portillo, sabio economista empleado en Andalucía por el príncipe de la Paz, para que fomentara en aquel pais el cultivo del algodón. Aprovechando, empero, los frailes cartujos un dia de fiesta, en el que, segun costumbre, habian acudido al convento á comprar y beber vinos gran número de gentes, las escitaron al asesinato de los dos presos, y esta escitacion

produjo el efecto apetecido en los paisanos, ébrios á la sazón la mayor parte. El infortunado corregidor de Velez-Málaga, por consiguiente, y el sabio Portillo, fueron bárbara y cruelmente degollados. El asesinato y el saqueo eran por do quiera compañeros inseparables del alzamiento de la nacion española. No lejos de Granada, en Jaen, que ya se habia pronunciado para entonces, señalaba otro crimen odioso la nueva revolucion. Esta ciudad habia enviado á Valdepeñas á su corregidor, con el fin de desembarazarse de él, y fué fusilado en la mencionada villa por los paisanos de la Mancha.

Cartagena se habia anticipado á todas las sublevaciones de que hemos hecho mérito. El 22 de mayo, en virtud de la noticia de las abdicaciones y del arribo del almirante Salcedo, que se disponia á partir para las islas Baleares con el objeto de conducir á Tolon la escuadra que ya se habia dado á la vela, fué el dia en que se pronunció Cartagena con el doble motivo de proclamar al verdadero rey y salvar la flota española. Constituyóse inmediatamente la junta, decretóse el levantamiento general, y espidióse al punto una contraórden á la escuadra. El pronunciamiento puso á disposicion de los insurgentes considerables pertrechos de armas y municiones de guerra, las cuales fueron distribuidas sin demora entre los pueblos comarcanos. Murcia, correspondiendo al llamamiento de Cartagena, se sublevó dos dias despues, ó sea el 24 de mayo. El mando de los voluntarios de ambas provincias fué conferido al señor Gonzalez de Llamas, antiguo coronel de milicias provinciales. El punto designado para la cita